

# Sobre Salvador de Madariaga: paseos con mi padre

NIEVES DE  
MADARIAGA

HACE no mucho, viajando desde Florencia a Roma, tuve uno de esos diálogos memorables que surgen a veces entre personas que no se conocen y no se volverán a ver. En este caso cambiamos nombres, y él, distinguido profesor y diplomático argentino, me preguntó: «¿Cómo es ser hija de un hombre como Madariaga?»

Voy a tratar de contestar a esa pregunta. Será éste, pues, un ensayo completamente subjetivo, uno entre miles de luces que caen sobre la realidad de mi padre. La que pasa por mis ojos.

Empezaré con mis primeros recuerdos. El primero, tendría yo entre cuatro y cinco años, en un piso ginebrino (cuando mi padre iniciaba su trabajo en la Secretaría de la Sociedad de Naciones), y estaba en cama enferma con bronquitis.



Dos cosas en él me han parecido, quizá desde entonces, especialmente hermosas: sus manos y su letra, de una armonía tan compleja y tan sencilla que parecía el recuadro y poema. Hubo una grafóloga que se extasiaba ante ella. «¿Ha visto usted jamás una F tan bella?»

De nuestra vida en ese primer piso de Ginebra, el recuerdo más claro que me queda es el de los atardeceres cuando, ya dormida mi hermanita y acostada yo, mi madre, angloescocesa y pianista, tocaba la «Berceuse» de Chopín para adormecerme.

Escondido detrás del piano tenía el auditorio que le bastaba, mi padre.

Es, sin duda, con ese su primer gran amor para una mujer, que se desarrolló en mi padre su otro amor, el de la música. «Si tuviera otra vida —decía— sería compositor.» Y es verdad que escuchaba la música como quien la compone. De eso nada sabía yo. Lo que sentía es que las notas de la «Berceuse» caían en aquellas tardes, cuando estaba presente mi padre, de una manera especial; una a una y acompañadas en la mano

izquierda por el suave balanceo de la cuna, infundían un sentimiento de paz y seguridad total.

A una sola persona he oído tocar la «Berceuse» así mucho más tarde, a Mauricio Pollini.

Para mi padre, la música fue toda su vida, esa voz acompañante como el balanceo de la cuna en Chopín, o el bordón de la guitarra —que nos tocaba a veces cantando canciones gallegas, «Una noite na eirá do trigo»—; no más recordar esa melodía de la canción de Rosalía de Castro o «Negra sombra que me asombras», es revivir toda la melancolía de mi adolescencia, que él comprendía, pues le había dado muy fuerte también en su juventud.

Quien haya leído sus **Romances de ciego** lo sabrá: «Romero que vas a Roma, a Roma no llegarás».

En cuanto a mí, el acompañamiento más constante en mi juventud de todos los ratos que desde entonces he pasado cerca de mi padre —y el camino por el cual fluyó entre nosotros el diálogo hasta dar en el mar, que es el morir— fue el paseo cotidiano juntos, dos o tres veces al día. Sea recorriendo el salón —de la casa que fuera— acompañados de algún concierto de Mozart, aquel que por el ritmo él llamada Ixtapalapa, éste otro cuyo movimiento lento le parecía la fuente del lago de Ginebra irrumpiendo en ondas cada vez más altas; sea a lo largo de un campo de golf cerca de París, en invierno a las ocho de la mañana y muertos de frío cuando me cantaba, a lo mejor, los cuatro movimientos de un cuarteto de Schubert seguidos, melodía por melodía.

He paseado con mi padre por los campos abandonados detrás de la Colonia de El Viso, que era entonces «prolongación de Serrano», parádonos mientras dibujaba algún diagrama en el polvo con su bastón —el de las coordenadas angulares, por ejemplo—. Sus explicaciones matemáticas eran luminosas. Me hizo comprender la precisión del cálculo diferencial comparándola con la de un hombre que para cerrar sin ruido una puerta la empuja con una mano mientras la detiene con la otra. Ese equilibrio y esa precisión eran eminentemente cualidades suyas. Con el mismo gesto del que mueve suavemente una puerta llevaba, entre otras cosas, sus responsabilidades de padre. Jamás le he oído, hablando con sus hijas, alzar la voz. Al contrario, cuántas veces con nosotras y más tarde con sus nietos, calmaba al niño con rabietas bajando poco a poco la voz hasta llegar a un susurro mientras repetía sin cansarse su invitación a una distracción cualquiera. Hasta que el niño, por pura curiosidad, se paraba a escuchar.

Los conflictos los solucionaba por medio de un tercer elemento, mirando siempre a la resultante. ¿Que había que repartir una fruta? Una cortaba y la otra elegía su mitad. ¿Que no se podía averiguar quién había manchado el sillón con tinta?, nos regaló a cada una —gran novedad entonces— una pluma estilográfica. La una tenía que llevarla con tinta roja, la otra con tinta verde, así no había problemas.

No es que se solucionen los problemas —decía—, ellos nos

solucionan, pero él me solucionó una vez uno que me parecía durísimo. A la edad de catorce años entré en una crisis Berkeleyana. Acaso, pensaba, el mundo entero, el universo, ¿me los he inventado yo?, ¿qué prueba hay de que todo eso existe?, y si no existe, ¡qué soledad! Mi padre no se rió de mí. Me hizo constar, como buen filósofo, que si yo me hubiera imaginado el universo, mi hermana, creada por mí, haría lo que yo quisiera. No lo hacía, con lo cual quedaba resuelto el problema.

Ya se verá que con mi padre no había modo de aburrirse, él, desde luego, no se aburría nunca. Ni siquiera en algunas de esas reuniones de organismos internacionales donde he sabido yo más tarde lo difícil que habrá sido. En estos casos, mi padre hacía florecer el aburrimiento. Un tiempo coleccióné aquellas hojas de papel de las que brotaban en una planta arraigada en una esquina flores multicolores (tenía un lápiz a cuatro colores) que llegaban a cubrir toda la hoja.

Y, ¿cómo era pues ser hija de este padre? A pesar de todo, o a causa de ello, no siempre es fácil. No siempre es fácil pasada la niñez, porque el hombre que tiene tanto que dar no se da cuenta siempre que lo que el otro necesita es dar también, y era difícil en todos los sentidos encontrar algo que darle a mi padre. Eso causaba a veces un sentimiento de insuficiencia, el de no poder corresponder a tal fuente de dones. No fui del todo «solucionada» por ese problema, hasta que más tarde abandoné toda noción de competencia —especialmente la de competir con la riqueza paternal.

Volvamos pues a los paseos que marcaron el paso de mi vida. Después del polvo de El Viso, los parques de Inglaterra y el mágico jardín que le había creado mi madre en un pedazo fértil de Oxford, con su cuadrante de sol milenario —el corazón del jardín—, su cerca de guisantes de olor, flor preferida de mi madre que pasó a ser la de él. Jardín encantado de nuestra niñez, donde a veces, subidos a los manzanos, le veíamos jugar al tenis o más tarde hacíamos con él partidas de croquet, en las que le encantaba mandar la pelota del adversario a la última tapia.

En todos estos paseos hablaba, contaba o meditaba en voz alta. Porque, eso sí, le gustaba hablar («qué suerte tienes —me decía mi primo Pepín—, cuando yo le pregunto algo a mi padre me dice sí o no. El tuyo suelta un discurso»). Recuerdo un paseo en Toledo, en el Cigarral Angel Guerra, así bautizado por mi padre (a pesar de que mi madre nunca llegó a pronunciar aquel nombre, ni el del guardián de la casa, Eugenio). Habíamos ido a pasar el día, él y yo; entonces se llegaba en una hora. Hoy, quizás, con el tráfico, se aplicaría más una canción que a mi padre le gustaba: «De Madrid a Toledo me voy en coche, me voy en coche, me voy en coche. Salgo por la mañana, llego en la noche, e, e, e, e.» En aquella ocasión asistí al nacimiento de un poema. Luz de la puesta de sol en los cristales del coche, barro en el camino, una rosa en el muro, y nació «Rosa de cieno cenizo», que dio su nombre a una colección de poesías.

Paseos memorables fueron los que dimos, en Madrid y en La Coruña, cuando a los noventa años, mi padre volvió a España y pronunció su discurso en la Academia—después de un intervalo de cuarenta años (intervalo que para mí se marcaba con el hecho de que mis amigos, de esos que uno no pierde nunca, eran todavía estudiantes cuando nos marchamos de España y ahora estaban jubilados). En estos paseos se le acercaban a mi padre parejas, familias con lágrimas en los ojos o en la voz, a darle la bienvenida y suplicarle que nunca más se marchara. Nos quedábamos emocionados por la sinceridad de esta acogida, por otra parte siempre tan discreta.

Y, ¿qué tal era?, no sólo como padre, sino como hijo, hermano, amigo, estudiante. Como estudiante, a mi profesor en Ginebra alumno del suyo en París, le contaba éste, «Madariaga no tenía una idea en la cabeza, tenía siempre cuatro al mismo tiempo», ese Madariaga es el que fue para los delegados franceses de la Sociedad de Naciones el familiar Maga, con el cual era fácil arreglar las cosas porque se tuteaban como viejos compañeros de Escuela Politécnica en París.

¿Y de niño?, de la escuela en La Coruña una vez volvió llorando porque habían suspendido a su hermano; el que él hubiera tenido la mejor nota de la clase no le consolaba. Como algunos trozos que conozco, mi padre no parece haber sufrido el peor de los males, el de Caín; él ha escrito páginas muy profundas sobre la envidia, que veía como la inversión del acto de crear. A los que no creamos luz hacia afuera nos sale por dentro la creación en sombras.

Los hermanos de Salvador figuraron mucho en su horizonte. No llegué a conocer a Emilio, el escultor; conocí, y quise, a Pepe, el socarrón de la familia. Y claro a Asita, que muchas veces nos cuidaba en ausencia de mis padres. Era fuente de más refranes populares que el mismo Sancho. Y a César, aquel de cuyo silencio se quejaba su hijo, aunque ese silencio escondía una mina de oro (por cierto, que fue algún tiempo director de las minas de Almadén). A Ricardo, el geólogo, que no encontraba palabras para expresar su admiración por Bach, autor de las amadas fugas, «qué bestia —exclamaba—, qué animal». A Roberto, el simpático filipino, y a Pilar, la última y la única que nos queda, la más parecida a mi padre en el perfil y en sus dotes de maestra, como yo sé por experiencia.

Mi padre tenía mucho apego al suyo; cuántas veces le he oído lamentar que no llegara a ver sus éxitos en el mundo internacional, cosa que para él hubiera sido la realización de un sueño. Y fue en la muerte de mi abuelo, cuando mi padre tenía apenas veinte años, que escribió aquellos tristísimos «Romances de ciego».

Mi abuela, que se murió (al dar a luz por undécima vez) cuando su hijo Salvador tenía catorce años, era para él modelo y para nosotras leyenda. Su serenidad, la firmeza con la que se encerró en casa durante los tres años que pasó mi abuelo en la guerra de Cuba, la inteligencia intuitiva con la

que dirigía, sin dirigir, a toda la casa, y claro, su belleza, fueron, creo, la raíz del siempre presente amor a todo lo femenino en su hijo. Como hija de este hijo he conocido su efecto. Con un hombre a quien le gustan las mujeres se siente una, en cierto sentido especial, apoyada y apreciada.

Mi padre sentía una simpatía natural por todo ser del sexo opuesto. Era siempre galante, cuando no tierno con nuestras amigas. Cuando una visita mía bajó en bata a desayunar, excusándose, le contestó que si no hubiera dicho nada, habría pensado que estaba en traje de noche. En otra ocasión se dio la molestia de escribir una carta muy gentil a una amiga mía, todavía niña, explicándole por qué yo no podía ir a visitarla, comprendía la pereza en la mujer como rasgo esencialmente femenino. Y he visto la apreciación con la que recibía a sus bellas sobrinas y a su nieta-nuera Marianne, dándole un trato de princesa real.

Naturalmente, él gustaba a las mujeres, sé de al menos dos, sin contar a las dos esposas, que amó profundamente. Hermosas, por supuesto. Con sorpresa mía, en la época de la dieta y de la línea, mi padre lo que más admiraba eran las formas generosas de las «*Venus*», de Tiziano. Pero sin ser nunca feminista, le encantaba la inteligencia y la iniciativa en la mujer (las apreciaba especialmente en su nieta Beatriz), como se ve en sus estudios de seis grandes **mujeres españolas**.

Su primera esposa, mi madre, además de música, era historiadora (fue la primera persona en la Universidad de Glasgow que hubiera sacado una doble laura) y era una buscadora por los campos del espíritu.

Tuvieron, sin embargo, las dificultades que tocan a todos los matrimonios **español/inglés**, cuando el español es hombre. Inglés con española es mucho más fácil, porque cada cual queda siempre sorprendido de lo que el otro está dispuesto a hacer por él. La otra ecuación tiene sus fricciones, pero la comunicación fluía hondo entre ellos y —lo recuerdo como escena de fondo en nuestra vida— ¡tenían siempre tanto que decirse! No era suyo el caso de la pareja que irritaba al famoso director de orquesta Erbox, hablando sin parar en primera fila a lo largo de sus conciertos dominicales. Un día se callaron, y cuando preguntó Erbox qué pasaba, le contestaron: es que se han casado.

Decía mi padre: «Si había un lugar donde poner una maceta de flores de modo que armonizara con toda la sala, tu madre lo encontraba infaliblemente.» Mi madre, Constanza, que era un poco mayor que Salvador, le abrió las puertas (especialmente en los años que pasaron, antes de casados, en París, ella ocupada en una tesis sobre historia medieval, él estudiando en la Ecole de Nîmes). No sólo al mundo de la música, sino a aquél misterioso —porque envuelto en «mist» (niebla)— de su país, en el cual él había de vivir muchos años, abriendo a su vez las puertas a otros. Con ella se hizo tan dueño del inglés que pronto estuvo traduciendo sus coplas populares preferidas a ese idioma, y copiando en poemas

ingleses vueltos al español, tanto la fuerza melódica del **Lycidas**, de Milton, como el fino ritmo y la sencillez de aquella línea elegiaca de Cristina Rossetti: «y siquieres, recuerda, y siquieres, olvida».

Enamorándose de la poesía inglesa, descubrió la importante influencia de Calderón en Shelly. Y llegó a perder amigos ingleses cuando celebró la superioridad de este poeta sobre Wordsworth, el ídolo romántico de los compatriotas de su mujer.

Trazas de la mano de mi madre hay en todos los libros que mi padre escribió en los años que siguieron, en inglés. Los mejores escritos son de su tiempo, aunque también a mi hermana y a mí nos movilizó mi padre como críticas. Recuerdo mucho esas sesiones con él. Su inglés, brillante e imaginativo, a veces demasiado para la sobriedad de ese país, caía de cuando en cuando al lado —muy poco— de la imagen precisa que él buscaba. Siempre abierto a las sugerencias de quien fuera, aceptaba casi todo, hasta sacrificar por entero el párrafo que no quedaba bien. Pero a veces se aferraba. Y sabíamos que en ese punto había que ceder.

Este mismo calor combinado con indulgencia fluía en todas sus relaciones. Con la familia, desde luego, no sólo aquella pequeña unidad que formaba la suya, sino en la extendida familia española, y extendida es poco decir. Sentía para con algunos de ellos la responsabilidad del que ha tenido más éxito —más suerte quizás— y las invitaciones, protecciones, consejos, recomendaciones nunca le faltaron, y tampoco el libro de cheques, siempre a disposición. Como buen español, lo que más le gustaba era regalar. Y en caso de necesidad bastaba media palabra. Una vez, estando mi madre preocupada por el nieto recién casado y con pocos fondos —que si a lo mejor no comían a su gana, debía de decir, debía de murmurar—. Bastó la indirecta, al día siguiente apareció en la casa de los jóvenes, no lejana, un enorme jamón, un queso de esos que duran meses, y una gran caja de manzanas. Sus dos nietos, por supuesto, participaron mucho en la vida del abuelo. En sus nombres se conoce el año de su nacimiento, ya que Cristóbal nació con la publicación de Cristóbal Colón y Beatriz-Xuchitz (a quien el abuelo dedicó luego los «**Romances a Beatriz**»), con la heroína mejicana del **corazón de piedra verde**. Cristóbal, a los tres años, tenía el doble remolino en la cabellera —signo sagrado entre los aztecas— qué lo hubieran hecho elegible como sacrificio a Tlaloc —dios de la lluvia—; y algo de escalofrío nos daba el que al escribir las emocionantes escenas en las que se prepara al pequeño Gorrión, modelo a morir, sirviera de modelo a su abuelo el niño blanco y rubio.

También como buen español le, encantaban a mi padre las grandes reuniones de familia, especialmente para festejar los cumpleaños. Cómo hubiera gozado de la reunión de toda su biesnetería y bisobrinería, con los hijos, sobrinos y nietos intermedios, en torno a la madre y abuela adoptiva, Emilia Szekely, su segunda mujer, ahora conocida a todos sus ami-

gos españoles sencillamente como Mimí —en la fiesta que le dio don Francisco Vázquez, el alcalde de La Coruña—, parte de tantas fiestas organizadas allí el verano pasado para celebrar el centenario de Salvador. Gran banquete frente al mar con manjares exquisitos, recuerdos preciosos de La Coruña y un acogimiento cálido y familiar.

## LOS AMIGOS

De los amigos de mi padre ni hablar, los había de toda clase, nacionalidad, color y edad, desde los amigos de toda la vida, a los más recientes, descubiertos con Mimí hasta en sus últimos años. Recordaré aquí solamente algunas amistades que viví de cerca.

El primero, el pacífico militar llamado por mi padre a trabajar con él en Ginebra, José Pía. Aparece ahora en **Españoles de mi tiempo** y apareció entonces con mi padre, es como lo recuerdo, en caricaturas de lo más divertidas (lento de gestos, al lado de mi padre, que era rápido como el rayo), vehículos los dos del último chiste internacional. Así lo veía yo en mi niñez, como un contrapeso a la vivacidad paterna, con su mujer María, guapa pero algo gorda, y el perro regordito que les servía de hijo. Mi padre recuerda en su libro —y yo nunca he olvidado— ese silencio incomprensible que cayó cuando contesté con toda inocencia a una pregunta de María sobre el perro, recién comprado. «Sí, me gusta mucho, se parece tanto a usted.»

Otro amigo íntimo, gran presente en nuestras vidas —mi hermana y yo, naturalmente adolescentes, enamoradas de él— fue Julio López Olivan. Contrapeso también pero no en lo físico, pues era alto, delgado, de facciones mefistofélicas, y voz profunda. Formaba con mi padre una pareja de Quijote/Sancho, o al revés, pues mi padre, aunque no gordo, era más bajo que Olivan, pero al lado de ese Sancho, alto y escéptico, era el Quijote espiritual, que entonces alzaba su lanza contra los molinos imperiales de Japón e Italia. Sin embargo, se dio probablemente entre estos dos amigos ese fenómeno que él describe en uno de sus mejores libros, a mi ver, **«la quijotización de Sancho y la sanchificación de Don Quijote»**.

Amigos de mi padre que recuerdo: el pintor José María Sert, con su bellísima mujer de aquellos años, Midbani, la georgiana, que me hablaba de sus 30 abuelas; el gran médico cirujano y escritor José Trueta, con quien mi padre prolongaba interminablemente el diálogo mientras se acompañaban y volvían a acompañar el uno al otro, de una casa a la otra en el barrio de Oxford en que los dos vivían. Carlos Prieto, el asturiano-mexicano, amigo de toda la vida, con el cuarteto que formaba este rey del «fierro» con su familia —del que ha salido el hijo un segundo Casáis—. Su dulce y bella mujer, Cecile, es madrina de la última biznieta de Salvador: Serenella. Entre los franceses estuve cerca de Jean-Paul de Daldesen, brillante en tantas cosas, pero poeta ante todo (vuelve a salir ahora **Joñas**, una colección de sus poesías) —tan prematuramente desaparecido—, con una comprensión humana y una

sonrisa que todo lo cubría. «Lo malo —decía de mi padre— es que no está un paso más adelante de sus contemporáneos, sino tres o cuatro, de modo que ni alcanzan a verlo.»

Y Albert Camus, ese otro «quijote» también prematuramente muerto, con quien celebré los setenta años de mi padre en París, espíritu puente como el suyo, y de los que mejor le han comprendido.

Y luego Andrés Segovia, presente durante gran parte de la vida y música de mi padre, y toda la mía, de quien entre tantos momentos inolvidables recuerdo como el más emocionante el concierto que dio en Londres, apenas muerto su hijo de trece años, caído en un hilo de alta tensión. El esforzándose por seguir tocando, mi padre escapando a cada intervalo para estar cerca de su amigo. El hermano del chico muerto, Andrés Segovia, pintor de equilibradísimos y luminosos abstractos, continúa conmigo la tradición de esta amistad.

Y en años más recientes, Eduardo García de Enterría, con su mujer Amparo, grandes amigos nuestros, del que me hablaba mi padre aún antes de conocerle yo como el español de más integridad combinada, con más inteligencia que él hubiera encontrado en su vida.

Y más tarde, el Rey, a quien mi padre tenía devoción, y que lo ha tratado con tanta cordialidad. «¡Monárquico!», exclamaban a veces con reproches sus amigos republicanos más irreductibles. Pero él siempre nos decía, «lo que importa no es la botella sino lo que está dentro».

En sus últimos años, mi padre tuvo la gran satisfacción de ver llevar el timón de España como él había predicado semana tras semana en **Ahora** antes de la guerra civil (en el vano esfuerzo de evitarla), por la difícilísima vía media.

Cuántas veces le he oído decir «no puedo hacerlo todo a la vez, pero verás como dentro de poco el Rey quitará a éste y pondrá a éste otro...», infaliblemente, el Rey lo hacía.

De tantos otros y tan buenos amigos no puedo hablar por falta de espacio, pero quiero recordar que el afecto de mi padre se extendía también a los animales.

Uno de sus poemas más conmovedores es su **Elegía** a Poppy, el perro de Mimí, que solía esperar caricias y dulces a sus pies, mientras trabajaba en el estudio de Oxford. «Sombra líquida, con ingravido paso acompañando mis tristes pensamientos... onduela del espíritu perenne», que ya sólo en espíritu lo acompañaba.

Hay una foto de mi padre en ese mismo estudio, bajándose a acariciar el perro, que ha captado el encuentro de los ojos afectuosos, el gesto de la mano magnética.

Quién sabe si Poppy también no habrá vivido más intensamente en sus paseos con él.

Y ahora, para volver a los míos, quisiera hablar un poco del contenido de esos paseos, por campos polvorrientos, parques, orillas de lagos, que hoy sigo dando sola, pero con tantas veces su presencia invisible a mi lado. Fueron un constante abrirse a horizontes cada vez más amplios. Al hombre le

## POETA DE ESPÍRITU

gusta el mar, solía decir mi padre, por tres razones: porque su movimiento evoca el de las emociones humanas, porque ofrece la única línea recta en una naturaleza de curvas y porque refleja el cielo en la tierra. Por las mismas razones gozaba yo del contacto con el espíritu de mi padre. Y por las curvas también, desde luego, la variedad y complejidad que esos horizontes encuadraban. «¡Cuánto más sutil es la naturaleza —decía mi padre, citando a Francis Bacon— que el pensamiento del hombre!»

Una vez paseando en Oxford ya de noche nos paramos maravillados. Encima de nuestras cabezas un enorme arco iris de luna llenaba el cielo con infinidad de colores, todas variaciones sobre el tema de la perla. Tengo que recordar a Bacon a mi vez, en una frase elíptica, como le gustaban: «La variedad es como el arco iris al sol.»

En esos paseos siempre llegábamos a lo mismo, las innumerables facetas son luces de una única joya, y pocos los paseos en que no salía aquella frase «un día quiero escribir un libro sobre eso». Cuántos se le quedaron dentro.

Sin embargo, cuántos publicados ya sobre temas tan diversos, desde la urgente severidad de **Ojos vencedores**, escrita al fin de la segunda guerra, con el pavoroso recuerdo de Versalles, hasta el **Ramo de Errores**, misterio de una muerte (contada, pero no elucidada), por todos los de la casa, incluso el perro; desde los ensayos políticos y psicológicos, y las biografías tan objetivas que (como su crítica literaria en Inglaterra) le hicieron perder amigos en Caracas, hasta obras teatrales como su **Carmen**, digna de la apasionada austeridad del modelo. A diferencia de las óperas y películas cuya heroína es poco más que una prostituta en viaje de turismo por España, no cuento, claro está, la vieja película, **Carmen Jones**, ni el incomparable ballet Saura-Gades.

Y así seguido, porque ni Cleopatra lo eclipsa por la variedad. Variedad que respira dentro de cada una de estas diferentes obras, tomando cada vez nuevas formas, como la de los gemelos opuestos, que llevan en sí cada cual una parte secreta del otro. Curioso comentario provocó la pareja tan española Mandonio/Indívil, cuando se dio en Milán **Viva la muerte**, en el 65. Un crítico se burló de los repetidos paralelismos ideados por mi padre en las vidas de los opuestos, pero siempre hermanos, gemelos. Y la gracia es que salió esta crítica en la página 3 de un periódico, y en la página 8 se leía esta noticia: «Madre de dos gemelas separadas desde hace quince años recibe el mismo día dos telegramas anunciando el nacimiento de una hija el mismo día y hora.» A las dos niñas les habían puesto el mismo nombre.

Estos juegos de vida, íntimamente ligados a los juegos de palabra, que tanto le gustaban a mi padre, aparecen en muchas formas en su obra. En **La donjuanía**, por ejemplo, un diálogo múltiple, de naciones y épocas, entre los Don Juanes de Tirso, Moliere, Byron, Pushkin y Zorrilla —por muy diver-

sos que fueran, un solo Don Juan—; en el choque de dos mundos en **El corazón de piedra verde**, en el que cada cual, por medio de dos enamorados, da luces nuevas al otro; en **El estudiante de Salamanca**, en que salen al escenario simultáneamente dos vidas, la del piso de arriba y la del de abajo. Y más interesante aún cuando las fronteras están por dentro, como en el diálogo interno de un loco que no lo está del todo (**Yo-yo y yo-él**), así como el de otro gran no-loco, tan delicadamente iluminado por mi padre en su capítulo «Más delicadamente oscuro», el de la cueva de Montesinos, donde, ya algo caídas las alas de su corazón, Don Quijote admite y no admite que su aventura fue y no fue mentira.

En cierto sentido, como lo decía Koestler, toda creación, así como todo descubrimiento científico, se da en la frontera entre dos mundos. Allí vivía mi padre. Dondequiera que hubiera choque entre dos visiones, chispa entre dos voltajes. Que pueden plasmarse lo mismo en un chiste que en un poema, siendo la frontera entre estos dos casi invisible. Mi padre gozaba igualmente de ambos. «Ay, señor embajador —decía (en portugués) un amigo brasileño—, siempre de brincadeira!» Y es que a veces los chistes brotaban de su mente como fuegos artificiales, uno después del otro. Lo recuerdo como un sufi de la India, tan gordo de cuerpo como iluminado de alma. Apenas se encontraban, volaban los chistes, de un lado y de otro. Las carcajadas se oían desde la calle. Por la risa, según el místico oriental, dejamos entrar el espíritu. Por el absurdo también, quizás, que rompe las barreras demasiado fijas del raciocinio. Nada divertía más a mi padre que el absurdo, ya fuera en algunas líneas del picaro Falstaff, de Shakespeare; los contrastes de la vida diaria, ya en el Creador de todo ello, cuando hizo el loro. ¿A quién se le ocurriría sino a él?

En cuanto a la otra chispa, mi padre era poeta. Poeta de espíritu, aunque también escribió poesía, una poesía cuya calidad especial fue captada a la perfección por Dámaso Alonso. Y si bien no pasó esa otra frontera que separa las formas clásicas de las casiformas modernas, su emoción no es menos profunda por estar canalizada en los viejos ritmos. La escribió en tres idiomas, cosa nada fácil, con la misma intensidad. Oímos los tonos profundos de esta voz cuando, en una serie de sonetos apasionados, en un inglés que sería extraño si no fuera tan poderoso, vierte indignación y esperanza en un hombre capaz de hacer del mundo entero su hogar (**The Home of Man**). Los oímos en francés, en el formidable poema erótico en el cual Dionisio-Salvador declara su amor a Rosemonde, alma del mundo, heroína de **La mappemonde**, un poema dramático con un sinfín de variantes sobre el **tema mundi**. Del cual el más bonito quizás es la oda «Al extranjero» —país verdaderamente extraño, que insiste en quedarse siempre más allá de las fronteras.

Y ni hablar de los tonos de su propia voz, la española, desde el **Romancero** y **La fuente serena**, pasando por tantas

poesías de amor, de meditación, de comedia y de tragedia, para dar en ese poema, lamento de Don Quijote por la siempre ausente Dulcinea, en el que expresa su añoranza por **La que huele a romero y tomillo**, y se le alegra el corazón con sólo pronunciar nombres de pueblos de su España. Para mí, leer la poesía de mi padre es darme cuenta que entre las tres fases europeas que analizó con especial tino, suyas todas, el del hombre de acción inglés, del francés intelectual, dominaba el hombre que encarna la pasión: el español.

### MAS ALLÁ DE FRONTERA

Poesía y chiste, dos fronteras qué llevaba dentro. Pero estaba abierto a todas las fronteras de la razón —que era su casa—, incluso aquellas que sólo los pioneros de la ciencia se atreven a cruzar. Aquí viene al caso otro aforismo de Bacon que mi padre hizo suyo, aún (creo) sin conocerlo: «Examina a fondo las cosas, sin excluir nada improbable, y no aceptes nada sin comprobarlo.» Todo lo nuevo era para él posible apertura a la misteriosa realidad que, como «el extranjero», queda siempre más allá de frontera. La astrología le interesó, porque yo la había estudiado, y en varias ocasiones de su vida me pidió datos sobre su horóscopo. Astrológicamente hablando, era un Sol-León, fuertemente influenciado por Mercurio, el planeta de los viajes mentales y físicos. Mi hermana Isabel, en el discurso que dio en La Coruña el verano pasado, en su centenario —un estudio histórico y crítico de su vida y obras— vio en él, como yo, al gran maestro, pero ante todo al viajero. Y recordó, como yo lo recuerdo, ese momento que tantas veces hemos compartido, el de quedarnos mirando las dos luces rojas del último vagón del tren que se lo llevaba.

Bajo el signo del dios Mercurio —el personaje principal, por cierto, de **La mappemonde**— el astrólogo vería su inagotable interés por la palabra, siempre reveladora, hasta en el modo de pronunciarla (que lo que el inglés llama «junction», por ejemplo, en español se diga «bifurcación»). Así como el ritmo de su vida, que cambiaba de cinco en cinco años (dando así a algunos críticos la oportunidad de alabar al ensayista cuando ya escribía historia, y al historiador cuando se había puesto a escribir novelas).

Cuando estaba escribiendo su biografía, mi padre me pidió que hiciera el horóscopo de Simón Bolívar. No era posible porque no tenía efemérides para calcularlo. Un día volvió triunfante del centro de Oxford con un gran libróte debajo del brazo —una efeméride publicada en Bologna, en latín, que cubría sólo diez años— pero en esos años había nacido Bolívar. Cuando hice el horóscopo, sin embargo, no reconocí en él ningún rasgo del gran libertador. Dejé la astrología de un lado, pero por casualidad volví a mirar este horóscopo un año después, y encontré un error elemental: había puesto la latitud como 10 grados sur cuando era 10 grados norte. Ahora, en el mapa de los cielos salía un libertador triunfante, Bolívar-Aries en todo su esplendor.

Mi padre estaba dispuesto a probarlo todo. Cuando encontró el libro de un médico que por los años 15 había curado muchos geranios, y algunos humanos, de cáncer, rodeándolos de un hilo de cobre para restaurar su radiación personal, él estaba enfermo con influenza. No tardó en poner un hilo de cobre en torno a su cama. El hilo no le curó. Pero siguió interesado en las herejías de la ciencia. En la homeopatía (que sí le curó) y en la historia y cosmología revolucionarias de Immanuel Velikovsky, las cuales también le habían llegado por mi intermedio.

Había yo leído con cierto entusiasmo su primer libro, **Mundos en colisión**, y se lo di a mi padre cuando, poco después de la segunda guerra, se iba a América para dar tres meses de cursos en la Universidad de Princeton. Le pedí que tratara de encontrar a este genial historiador-psiquiatra, que por América debía rondar. Leyó el libro en el barco, se entusiasmó también, y descubrió que Velikovsky vivía en la misma Princeton.

Ocupadísimo, no llegó a buscarlo hasta encontrarse hospitalizado por haber caído de la escalera de un tren. Estaba pidiendo a la enfermera que le encontrara el número de Velikovsky, cuando sonó el teléfono, y era él mismo, enterado del accidente, que ofrecía su ayuda. Ahí fue el principio de la amistad de mi padre con ese otro paladín de los viajes mentales, a quien defendió contra la retaguardia como a un nuevo Galileo. Lo cuenta en **Cosas y gentes**, en el último artículo que escribió (aunque para entonces se le habían olvidado los detalles de este encuentro —que dio lugar al mío, por cierto, años más tarde, en Roma, en circunstancias muy parecidas— con este gran hereje de la historia de la antigüedad).

Otro viaje fronterizo que hizo mi padre en mi compañía fue el del anillo colgado de un hilo de seda, con el cual descubrió que se puede registrar la vitalidad de una mano o de una flor, y hasta a saber si un huevo es fresco o no. Tenía entonces noventa años. «Mira —me dijo, encantado como un niño con un juguete nuevo—, ¡siempre se puede aprender algo nuevo!»

Estuvo hasta el final explorando fronteras, y fue para él un gran dolor que la vista le faltara para dedicarse a fondo, como hubiera querido, a estudiar los últimos descubrimientos postatómicos (y averiguar, entre otras cosas, quién tenía razón en lo de la relatividad, Einstein o el español Julio Palacios). Siempre lo había visto venir. Durante la guerra, cuando nada de eso había, nos hablaba de cintas magnéticas y de máquinas de computar, y de un porvenir en el que todos viajaríamos en avión.

Mirando el porvenir, sin embargo, quedaba siempre centrado en el **hoy** con el cual lo vamos construyendo, paso a paso, y cada vez con mayor plenitud de conciencia. Y cuando le tocó pasar la última frontera —más allá de la cual ya no podemos decirle tantas cosas—, murió, como el protagonista de uno de sus libros más profundos, «de pie». Es decir, después de una cena que le había gustado, con un libro ya pronto

para la publicación y un artículo en la máquina de escribir, artículo en el que deploraba lo que entonces parecía la muerte y sepultura del periódico inglés **The Times**.

Murió a sabiendas, totalmente presente. «Esto es el fin», le dijo tranquilamente a Mimí. A la Mimí que llenó la segunda parte de su vida, de compenetrado interés en toda su obra, de apoyo y de paz. «Rosa que floreció en mi huerto —escribe— cuando todo presagia ya el invierno yerto.» A quien a los noventa y dos años amaba —y ella a él— como no muchos saben amar a los veinte. Tagore escribió poemas de amor, de viejo, para celebrar una pareja joven. Mi padre, en los **Poemas a Mimí**, todavía a los noventa años celebraba su propio amor.

¿Cómo se explica ese misterio, el que algunos tengan más que otros de aquello que mi padre llamaba **ser**? Todos tenemos el ser a portada de mano, pero no todos el don de inspirarlo de lo hondo de la vida para poder luego expirarlo entre los de aquí. El secreto está en el acto de inspiración. He tenido el privilegio de estar cerca de mi padre en algunos momentos de inspiración. Uno de ellos, todavía me da escalofrío recordarlo. Paseando, esta vez por un pasillo de hotel. Ventana otoñal. Hojas de oro. Un pájaro se posa. A mi lado, repentinamente, el silencio. Me vuelvo. Mi padre, con una expresión de inmensa alegría, estaba inspirando otoño, hojas, pájaro. Se cerraba para mí el círculo. Era ese mismo silencio, que caía en mí —y en él— entre las notas tocadas por mi madre, silencio en el que yo me adormecía con un sentimiento de seguridad total, como en brazos del creador. No mucho después se durmió él.

